

Desplazamiento y redefinición de las identidades sociales entre productores familiares de la región pampeana.

Luciana Manildo¹

Mariana Oppezzo².

Introducción

A partir de la comparación de los datos de los censos agropecuarios de 1988 y 2002 es posible corroborar los importantes cambios operados en la estructura agraria argentina en las últimas décadas. La concentración creciente de la tierra se visibiliza en el considerable alcance del proceso de crisis de unidades agropecuarias pequeñas y medianas en ese período.

Hemos decidido centrar nuestro interés en las pequeñas y medianas explotaciones familiares, entendiendo por ellas no sólo las unidades productivas de extensión menor a 200 has., cuya administración está a cargo de un núcleo familiar, sino también poniendo de relieve el componente identitario que implica tal concepto, para distinguirlo de aquellas unidades que integran la misma categoría por extensión, pero cuya gestión no implica la cristalización, actualización y reproducción de prácticas e identidades transmitidos intergeneracionalmente.

Como se verá, tal condición resulta significativa para la autoidentificación de los individuos en tanto tales, a la par que opera como criterio de pertenencia al colectivo, constituyéndose en un doble soporte identitario, relevante para abordar los procesos de desplazamiento y transformación de las identidades que aquí nos proponemos. Hacerlo implica indagar en las dinámicas de reproducción, en los lazos comunitarios que los sujetos ponen en juego, y en las estrategias de reconversión de sus capitales que despliegan en los procesos de crisis.

No asumimos, por lo tanto, tal crisis –resuelta unas veces como desconexión total o parcial y otras como reinserción respecto del mundo agrario³– como un dato a ser explicado desde los condicionantes macroeconómicos, sino que nos interesa reconstruir las modalidades específicas de reconfiguración social que tales procesos generan.

En tal sentido, el uso que daremos al término *desplazamiento* excede su significación geográfica, por cuanto los procesos considerados implican una reestructuración y redefinición del espacio social, y de las relaciones de mutua interdependencia y reciprocidad entre los productores que siguen en la actividad, los que abandonaron sus

¹ Socióloga, Universidad de General Sarmiento

² Socióloga. Instituto Gino Germani, UBA,

³ Sobre los procesos de 'salida' y reinserción laboral de los productores y ex-productores, ver: Gras – Manildo – Oppezzo: **Ocupación y empleo entre ex-productores familiares de la región pampeana**, Aset 2005; Craviotti, Clara y Gras, Carla, *De desafiliaciones y desligamientos: Trayectorias de productores familiares expulsados de la producción en la región pampeana argentina*. Artículo enviado a **Desarrollo Económico** para su publicación, 2005 y Gras, Manildo, L; Lauphan, W, Oppezzo, M, **Desplazamiento de explotaciones agropecuarias en la región pampeana. Características, categorías de destino y efectos sobre el bienestar de los hogares**. Informe Final Fundación Antorchas, 2005

explotaciones, los residentes que no tienen conexión con el sector. Por lo tanto, si bien haremos mención a los desplazamientos geográficos, nuestro interés está centrado en los desplazamientos simbólicos. Así, esta reorganización del mundo que conlleva la nueva situación comporta un elemento de fuerte violencia simbólica⁴, la cual atraviesa la búsqueda y construcción tanto de respuestas posibles como de “grillas de legibilidad” (Kessler, 2000)⁵ que hagan inteligibles para los actores su nueva situación.

Intentaremos abordar los efectos que la pérdida del patrimonio –que desborda la situación de pérdida del capital económico, de acuerdo con lo propuesto- produce en las subjetividades, el modo en que los actores se sitúan y procesan esta situación *límite*⁶ (Pollack: 1986) de acuerdo con las posibilidades de reconversión de capitales y los márgenes de acción disponibles.

Ahora bien, ¿que sucede cuando los efectos de la crisis hacen acto en la subjetividad identitaria? ¿Como definirse a si mismos ahora que dejan de formar parte de un colectivo, y deben redefinir su lugar frente a si mismos y frente a los otros, ahora “distintos”? En el proceso de redefinición de los sujetos y a la vez del espacio social, es posible dar cuenta de criterios de pertenencia y de inclusión (y por ende de-no-pertenencia y de exclusión).

Nos interesa entonces, dar cuenta del ejercicio de construcción y reconstrucción identitaria que los protagonistas de los relatos y procesos que abordamos han tenido y, sobre todo, tienen que afrontar. Los procesos que definen una identidad se desarrollan en el marco de interacciones en donde el lugar que se ocupa se determina en relación con el lugar ocupado por otros en una acción dinámica y dialéctica.

Además, en particular con los productores y ex-productores de nuestra investigación, nos interesa rastrear de qué modo se insertan estas transformaciones en un espacio donde el predominio de lazos familiares y de vecindad resultan esenciales en la constitución de identidades. Así los habitantes de Marozia, la localidad que estudiamos, en tanto sociedad local, nos sugieren reflexionar acerca de las implicancias que estas relaciones de proximidad desarrollan.

Existen otros estudios desde esta perspectiva acerca de los procesos de cambio estructural operados durante los noventa, referidos a sectores medios urbanos empobrecidos (Kessler: 2000). Entendemos que es necesario y fructífero abordar las modalidades específicas que tales procesos han asumido en el mundo rural, en términos del impacto sobre identidades fuertemente arraigadas, y su consecuente efecto de *desencastamiento* (Castel: 1999) por cuanto tal problema reviste una gran importancia sociológica en virtud del papel fundamental que estos sujetos han cumplido históricamente en buena parte de las regiones y espacios rurales de la Argentina.

Nos proponemos, a partir de los relatos –explícitos, intersticiales- de un conjunto de productores que vendieron y cedieron sus tierras abandonando definitiva o transitoriamente

⁴ El texto de Bidaseca nos sugirió esta lectura. Véase Bidaseca, Karina, “Mujeres en movimiento”, Revista electrónica *Contracultural*, Buenos Aires, agosto, 2005. (www.revistacontracultural.com.ar)

⁵ Kessler, G., *op.cit.*

⁶ Para Pollack la situación límite permite la observación sociológica en tanto “toda experiencia extrema es reveladora de los elementos constituyentes de las condiciones de experiencia “normal”, cuyo carácter familiar hace a menudo de pantalla al análisis.”

la actividad agropecuaria , indagar en las rupturas y las continuidades que en las dinámicas sociales han operado los modos de salida –tanto como la salida misma- y la reinserción ocupacional de los ex-productores, en la ruptura de mecanismos de transmisión profesional endogámica, en fin, en la redefinición de las identidades sociales, de los criterios de inclusión y exclusión y de los modos de pertenencia social.

La referencia empírica de nuestro trabajo es una investigación en curso en el sur santafecino⁷. El material en que se basa este artículo proviene de entrevistas realizadas en una pequeña localidad del departamento de San Jerónimo durante 2004 y 2005. Esta pequeña localidad, distante a unos 50 kilómetros de Rosario, tiene una población que alcanza los 5000 habitantes. Nos referimos a ella como Marozia, aunque no es este su verdadero nombre. Atendemos así, a lo expresado por muchos entrevistados respecto de la dificultad de referirse a los procesos vividos. En Marozia, además de entrevistas personales, en nuestros viajes, pudimos observar algunas formas que adoptan las relaciones sociales de la población de las cuales también se desprende nuestro análisis. Puntualmente las entrevistas fueron realizadas a 15 propietarios que vendieron o cedieron sus tierras desde principios de los años '90 en adelante. Los mismos, todos ellos pertenecientes a la capa de productores familiares, fueron contactados a través de informantes claves.

Entre los casos entrevistados, hay distintas situaciones en relación con el destino de la tierra y del capital manejado. En la casi totalidad de los mismos, la salida como situación relativamente cristalizada es producto de procesos que tienen lugar a lo largo de varios años, y que guardan estrecha relación con situaciones de endeudamiento con entidades bancarias o con cooperativas (Gras, Craviotti: 2005) (Gras, Manildo, Oppezzo: 2005)

I/ Los procesos y los sujetos: De los datos censales a las trayectorias individuales.

No cabe duda de que los cambios de las últimas décadas en el agro argentino han modificado una estructura agraria caracterizada históricamente por la importante presencia de la agricultura familiar. En sus diversas formas (más o menos capitalizada, con mayor o menor presencia de rasgos empresariales), la explotación familiar coexistía con la gran propiedad agraria. Esta situación comienza a modificarse en la década de 1980, pues la intensificación de los requerimientos de capital y el aumento de la escala de producción son dispositivos que agrede la producción familiar (Giarracca, Gras y Barbetta, 2005). El análisis agregado muestra, en ese contexto, un proceso, de exclusión y de segmentación, particularmente entre los estratos de productores pequeños y medianos.

Una mirada a los datos del censo, muestra que en nuestra área de interés -el sur santafesino, comprendido por los departamentos de San Jerónimo, Belgrano, Iriondo, Constitución, Caseros y Gral. López- se registra entre 1988 y 2002 una disminución del 23% en el número total de explotaciones agropecuarias. La caída es significativamente mayor en los estratos de hasta 50 hectáreas (29%) y aún más en el estrato de 50 a 200 hectáreas (31%).

⁷ "Desplazamiento de explotaciones agropecuarias en la región pampeana. Características, categorías de destino y efectos sobre el bienestar de los hogares", proyecto que tiene financiamiento de la Fundación

El análisis censal señala la importancia del arrendamiento. Se observa, en ese marco, que la cantidad total de tierras bajo arriendo aumenta un 52% entre 1988 y 2002, fundamentalmente a expensas de la forma “propiedad”. Las explotaciones que tienen toda su tierra bajo arrendamiento aumentan un 18%, mientras que la cantidad de hectáreas que controlan se incrementa en un 43%. Un comportamiento similar se observa entre las explotaciones que combinan propiedad y arrendamiento de la tierra: aumentan un 7.5%, y la cantidad de hectáreas operadas bajo esta forma se incrementa en un 48%. En el mismo período, las explotaciones con toda su tierra bajo propiedad disminuyen un 26%, y la cantidad de hectáreas en este caso decrece un 11%. Estos datos darían cuenta del crecimiento del rentismo entre los pequeños productores, así como también de la existencia de estrategias de ampliación de escala productiva que no habrían comportado esencialmente concentración de la propiedad.

Las entrevistas que analizamos nos permiten dar cuenta de las formas que asume el proceso de salida de la producción agropecuaria directa y sus resultados en términos del destino de los sujetos involucrados. Durante el transcurso del trabajo de campo se realizaron 15 entrevistas en profundidad a personas que desde 1990 vendieron o cedieron sus tierras.

De las 15 entrevistas, 9 corresponden a titulares que abandonaron definitivamente la producción agraria directa. Es decir, titulares que al momento de ser entrevistados se encontraban desarrollando otras actividades laborales. Las otras 6 corresponden a titulares que luego de dejar la producción directa, reingresan algunos años después, a través del arrendamiento de tierras.

Del total de casos analizados, 4 desarrollan actualmente actividades fuera del sector agropecuario. Otros dos combinan actividades no agrarias con actividades agrarias como la venta de servicios de maquinaria. El resto de los ex-productores son actualmente contratistas de servicios. Por otra parte, de los 6 casos que corresponden a reingresantes, dos combinan la producción directa en tierras arrendadas con la venta de servicios, mientras que otro lo hace con el trabajo en una pequeña empresa metalúrgica. En ese sentido, es interesante destacar que, al menos entre los ejemplos que aquí referimos, en ningún caso mediaron situaciones de desocupación entre la liquidación de la unidad y la inserción ocupación actual.

Cabe señalar que, a excepción de un caso, no encontramos entre nuestros entrevistados situaciones en las que la salida de la producción haya supuesto la conversión de los ex titulares en rentistas. Ello se relaciona principalmente con el peso que adquiere el endeudamiento en el proceso de liquidación de la unidad productiva, que lleva a la venta de los campos. Sólo en un caso, hay cesión de tierras; no obstante, en este ejemplo, la cesión se plantea como transitoria, reservándose la oportunidad de retomar la producción.

Dos observaciones pueden ser formuladas: en primer lugar, que los procesos de salida no suponen en todos los casos la desconexión con lo agrario. Más aún, la mayoría de ello se concentra en ese sector. Asimismo, que aquellos que reingresan como productores, se desempeñaron luego de la liquidación de la unidad productiva, como contratistas de servicios. Aunque los vaivenes y dificultades económicas en la producción agraria no son novedosos para nuestros entrevistados – previo a la crisis de los años '90, conocieron otras situaciones igualmente adversas -, siguen apostando a las actividades agrícolas como forma mejor de subsistir. Lejos de la obstinación, los sujetos encuentran en las actividades relacionadas al agro su mejor ubicación posible.

En segundo lugar, que en la mayoría de los casos bajo análisis las nuevas ocupaciones no suponen relaciones de asalarización, sino el mantenimiento de la condición de “cuentapropistas”, en algunos de ellos involucrando también otros miembros de la familia.

Por el escaso grado de diversificación económica, en Marozia, la oferta posible de otras actividades es relativamente escasa. Ello refleja también en buena medida las reestructuraciones que han sufrido los pequeños pueblos del interior en las últimas décadas. En el sur santafecino – donde históricamente se asentaron actividades dinámicas que fueron generadoras de redes de trabajo local, vinculadas a procesos de radicación de industrias (muchas de ellas conectadas directa o indirectamente al complejo agroindustrial) – los mercados no agrarios han perdido dinamismo y presentan menos oportunidades que décadas atrás. El patrón resultante muestra el predominio de una oferta laboral fuertemente dependiente de un sector agrario que genera cada vez menos eslabonamientos productivos y que se caracteriza en forma creciente por la existencia de microestablecimientos y el cuentapropismo.

En algunos de los ejemplos considerados, las ocupaciones que actualmente desarrollan existían previamente a la salida de la producción como parte de esquemas de pluriactividad. En otros, los ex-productores tenían una experiencia previa en la actividad actual a la que acuden al momento de reconstruir una salida ocupacional. La venta de la tierra o de maquinaria en ciertos casos permitió constituir el capital de inicio para las nuevas actividades (el ex-productor que actualmente tiene la herrería o el que tiene la fábrica de zapatillas). En los casos de los contratistas, la maquinaria utilizada en la propia explotación se conservó para desarrollar la venta de estos servicios.

Cabe señalar que esta “elección” de continuar conectados a la actividad agropecuaria, y más aún de volver a desempeñarse como productores – en el caso de los reingresantes -, está fuertemente condicionada por las oportunidades a las que estos sujetos acceden. El hecho de que gran parte de las ocupaciones encaradas por quienes se ven expulsados del sector estén conectadas a la actividad agropecuaria y en muchos casos sean ejercidas por cuenta propia, por una parte revela la capacidad de sus vínculos de facilitarles nuevas inserciones pero por otro lado, la dificultad que enfrentan para “valorizar” las competencias adquiridas en el mercado de trabajo urbano. Las fuertes referencias en el discurso de los entrevistados en el sentido de que “*el campo es lo único que sé hacer*” de alguna manera son indicadoras de esta situación (Craviotti y Gras: 2005)

En efecto, además de permitir resignificar y reorientar capitales, las actividades encontradas muestran el límite que los propios entrevistados establecen a la hora de diseñar estrategias que les permitan reorganizar su mundo luego de salidas por cierto traumáticas de la producción directa. En gran medida, ello se observa cuando refieren, por un lado, a la valorización que realizan de los capitales culturales con los que cuentan. En tal sentido, y en relación con los créditos educativos con los que cuentan, cabe señalar que la mayor parte de los entrevistados – varones de entre 40 y 60 años - tienen estudios primarios completos como máximo nivel de instrucción alcanzado y, por otro lado, a que perciben ciertos límites infranqueables: sus disposiciones e historia no les permiten transmutar la condición de patrones en la de asalariados.

Es importante señalar que, además del grupo entrevistado, identificamos otros 15 ex-productores de los cuales 7 fueron contactados y rechazaron la entrevista, mientras que el resto había migrado o no pudo ser ubicado en el pueblo. La información que pudimos recoger en estos casos brinda elementos que juzgamos significativos para el análisis, en la medida en que nos obliga a matizar primeras conclusiones respecto de procesos complejos y pluridimensionales. Además, pudimos identificar al menos siete casos de ex-productores fallecidos durante la última década. Es recurrente en el discurso de los entrevistados la mención a los suicidios, de los cuales no tenemos un listado pero que tanto entrevistados como informantes califican como muchos. En todos los casos, se trata de personas relativamente jóvenes, y sus enfermedades y sus muertes son vinculadas a los serios problemas que atravesaban sus explotaciones y al peso que eso significaba para ellos.

II/ Los imperativos morales para la acción: Lo tolerado, lo permitido y lo reprobado.

Es posible –a través de los relatos- reconstruir trayectorias, cursos de acción. Estos, casi la totalidad de las veces, son percibidos y presentados por los actores como los únicos posibles.

Hasta qué punto esto es efectivamente así, y cuáles son los determinantes que han delineado –posiblemente aún delinean, en alguna medida- el margen de lo posible, de las alternativas que se consideran y de las que se excluyen, puede ser rastreado transversalmente, a través de fragmentos no siempre explícitos.

“Y el contador me decía “andá... véndelo de más, juntá trescientos mil dólares más”, que los podía juntar... “y si te vas con seiscientos mil dólares en efectivo a cualquier parte sos un señor..... y no le pagués a nadie acá... y yo no estaba en eso, no... uno no nació para eso.” (Entrevista, 2005)

La relevancia de hacerlo reside en la posibilidad de pensar patrones culturales de comportamiento, muchas veces no explícitos que rigen –con enorme eficacia, particularmente por su carácter implícito- la vida cotidiana de los sujetos pertenecientes a un grupo específico dentro de una comunidad. Situaciones disruptivas como las que

constituyen nuestro objeto, hacen visible aquello que por repetición se ha naturalizado, lo ponen en cuestión, lo someten a prueba, lo redefinen.

Así, esta reconstrucción de los imperativos morales para la acción, que acotan y definen la posibilidad de hacer o de no hacer, y que implican además el conocimiento de las sanciones positivas o negativas que cada curso de acción conlleva, nos permite explorar y dar cuenta de una *ética del productor*, que de manera subyacente, ha sido constitutiva de las identidades, y ha operado como fundamento de la toma de decisiones.

Esta ética del productor, delinea paralelamente los patrones de pertenencia a una comunidad - un “nosotros” particular -, y es por tanto soporte identitario, pero también *sentido práctico* de los actores.

Por lo tanto, nos parece significativo describir aquellos elementos que por reiteración han demostrado ser centrales en la toma de decisiones, pero también dar cuenta del carácter excepcional e irreversible de los procesos considerados, que ha redefinido muchos de ellos en el devenir de los acontecimientos, produciendo un efecto de desencastamiento, de desorientación. En otros términos, la redefinición veloz de los patrones para la acción, en virtud de la redefinición abrupta del contexto y del escenario, ha producido el efecto de desorientación que se genera ante el cambio de las reglas de un juego en el transcurso del mismo.

Así, la percepción de que hubo “ganadores” – los que entendieron rápidamente cuáles eran las nuevas reglas del juego, y hasta dónde era posible jugar para no ser pasible de la sanción negativa del colectivo- y ‘perdedores’ –aquellos que no supieron o no pudieron readaptarse al nuevo contexto, y en los que el temor a la sanción social los expuso a ella -.

Esto se visualiza con claridad ante la negativa tajante de algunos entrevistados a no pagar la deuda, que es identificada –como se ha visto- como causa y determinante de la crisis que concluye con la liquidación de la unidad productiva. La deuda –que toma carácter de *sujeto* en los relatos de los entrevistados -, es percibida como *injusta* pero no como *ilegítima*.

Por lo tanto, la obligatoriedad del pago resulta insoslayable. Parece estar en juego algo más que bienes materiales, aunque se trate de un encuentro desigual, el *buen nombre*, la *honradez*, el *pasado familiar* son bienes simbólicos que aparecen como no negociables.

Está aquí fuertemente presente la idea de sanción social, de la que se sienten objeto los entrevistados que han liquidado totalmente la unidad productiva, y especialmente aquellos cuya reinserción laboral ha sido en actividades no agrarias: sienten que su modo de gestión de la unidad productiva ha sido puesto en duda, cuestionado, y por lo tanto, su capacidad, sus conocimientos.

En ellos el recurso a la idea de haber procedido correcta o éticamente parece operar en un sentido de rescate o de legitimación de su integridad. El mensaje podría ser “*hemos perdido todo bien material, pero no la ética. Podemos andar tranquilos por la calle*”. De hecho, también son recurrentes en su discurso autoafirmaciones de esta índole.

Hemos dicho ya que este proceder “ético”, en los términos aquí esbozados, los ha hecho pasibles de una sanción social negativa de nuevo tipo, vinculada a no haber sabido “jugar el juego”: podemos, a modo de hipótesis, pensar que estos bienes simbólicos no negociables forman parte de una ética tradicional que ha sido reformulada e incluye ya otros elementos. No podemos dar cuenta con exactitud de cuándo han sido incorporados estos otros elementos, dado que ni la *identidad tradicional* ni la *nueva ética* aparecen distribuidas regularmente de acuerdo con franjas etarias o socioeconómicas. Tampoco –y posiblemente porque se trata de un proceso en curso - podemos dar cuenta del grado de sedimentación de las prácticas que constituyen a esta última, y por lo tanto de su naturalización, de su incorporación al sentido común. Aclaramos entonces que las categorías “*tradicional – nueva*” se usan aquí como criterios relativamente provisionales y distintivos, en términos analíticos, de dos modos de subjetivación diferentes.

Lo que resulta insoslayable es que el *savoir faire* del productor contiene ya otros elementos, además de los vinculados al “hacer en el campo”. En este sentido, hay una aceptación compartida y legitimada de ciertas pequeñas “ilegalidades”, de modo que si bien sigue siendo inaceptable desconocer una deuda si se admiten prácticas de “cintureo”, que se expresan en escatimar información, o en pequeñas evasiones impositivas, dentro de un marco de legalidad. Es decir, la ética del productor incluye un componente de *astucia* que no debe desconocerse:

“Con el contador yo me sentaba y discutíamos... uno tiene que tratar de pagar lo menos posible... buscarle la vuelta... aparte uno a veces se puede manejar mal también, viste... porque... para pagar menos el maíz uno le compra a otro productor y... sin boleta para no... para gastar un poco menos... y vas saltando, vas haciendo lo que podés, viste... siempre al gobierno hay que tratar de pagarle, viste, porque algo tenés que pagarle, pero siempre lo menos posible...” (Entrevista, 2005)

“Me granificaron la deuda y ahora debo dos mil... cuatrocientos quintales de soja... no sé si la van a cobrar... no sé, estamos ahora a ver si podemos pelear algo, qué sé yo, si podemos que lo devuelvan algo...” (Entrevista, 2005)

“Me di cuenta de que la cosa no iba y yo dije: “yo vendo y pago de una”... porque así llegué a salvar cincuenta mil pesos... vendí campo a cuatro mil pesos la hectárea” (Entrevista, 2005)

Esta *astucia* implica también un manejo de los criterios de oportunidad: para vender, para comprar, para negociar “a tiempo” con el banco, con la cooperativa, con el Estado, como para garantizar un margen de ganancia. Así, en un mundo cuya moneda de cambio y verdadera medida de valor son los quintales de soja, la satisfacción de un productor ante un buen negocio es también reconocida y compartida por los otros:

“La 4x4 la compré justo en plena devaluación, en 570 quintales. Antes, en los ‘90, hacían falta 2400, ahora hacen falta unos 1000. Fue en el momento justo.” (Entrevista, 2005)

Ahora bien: en la intersección de nuevos y viejos componentes de esta ética, se definen y se ponen en juego las identidades, y más aún, la pertenencia al colectivo. ¿Cómo y a quiénes incluye o excluye? ¿Bajo qué modalidades? El elemento más significativo de la distinción entre unos y otros parece ser, como se ha dicho, esa astucia, esa capacidad para negociar, para retirarse a tiempo, para hacer un buen negocio: “el saber jugar” define quiénes están dentro del juego. Así, se evidencian signos –no sólo discursivos, pero fuertemente presentes en él- de formas diversas de estigmatización que operan sobre quienes han *quedado fuera*, y que se reproducen en éstos como *autoestigmatización*.

Así, en la redefinición del espacio social, es posible reconocer distintos criterios de pertenencia, que definen formas más o menos estables o precarias de inclusión – exclusión. Esto significa que de acuerdo a cuál sea el criterio con el que se esté pensando la referencia a un *nosotros*, el mismo sujeto puede ser considerado como parte o como excluido.

III/ Entre la pertenencia y la exclusión. La definición de distintos niveles de *los “nosotros”*

La transformación de identidades largamente sedimentadas, y de las prácticas que las estructuraban / reproducían, no es un proceso que opere en el vacío, ni que pueda desenvolverse rápida y armónicamente. La redefinición de los patrones de legitimidad y pertenencia constituye un proceso en curso -y un curso no lineal, además- del que sólo podemos esbozar algunas líneas.

Los procesos de reforma estructural que operaron en los ‘90 redefinieron las características del espacio social pueblerino, y, del mismo modo, la distribución de las posiciones de los actores, de recursos materiales y simbólicos escasos, la percepción de lo legítimo, y de lo positiva o negativamente connotado por el colectivo. De acuerdo a lo que denominamos ética del productor, “saber jugar” parece presentarse hoy como la condición de posibilidad de *seguir en el juego*, y más aún, como el elemento en torno al cual se definen las posiciones de los actores. Sin embargo, esta condición novedosa se superpone con –pero también se sustenta en– otras de más larga data que definían eficazmente las formas de pertenencia e inclusión, choca en y con ellas, en una relación de tensión constante, de fricción, y muchas veces, de conflictiva coexistencia.

Es requisito entonces presentar los elementos constitutivos de las identidades que definían un “nosotros” articulador y estructurante de las relaciones sociales. En primer término, podríamos incluir la *relación con la tierra*, de fuerte raigambre. Muy vinculada a ésta, la condición de descendientes de colonos –que habían llegado dos o tres generaciones atrás a poblar y a laborar esa región -, del puñado de familias fundadoras del pueblo y de sus instituciones. El *campo* y el *nombre* parecen fundirse muchas veces en una sola marca identitaria, en la que la pérdida del campo se presenta – en este sentido, aunque en otros pueda presentarse como liberación, especialmente en relación con los riesgos y los esfuerzos que conlleva la vida del productor, y aquí otro elemento clave para pensar la

definición de las identidades: el *esfuerzo* (de las generaciones anteriores, el propio)- casi como la pérdida del nombre, o de aquello que lo refrendaba, la pérdida de la legitimidad y del lugar social detentado hasta entonces. En el mismo sentido, hay un fuerte componente de *saberes heredados y compartidos* que vinculan y refuerzan los otros elementos.

Todos estos referentes identitarios y las prácticas a ellos vinculadas son puestos en cuestión durante situaciones límites como las que comportaron los procesos analizados en nuestra investigación, de modo tal que su eficacia material y simbólica, y más aún, todas las dimensiones de la vida cotidiana, de la trayectoria individual y colectiva se ven desarticuladas.

Sin embargo, es conveniente señalar que este referente identitario no ha desaparecido por completo. Posiblemente porque –como hemos dicho- se trata de un proceso en curso, pero también por la aparición de nuevos actores en el escenario social cuya condición de fuerte alteridad opera como refuerzo identitario.

Así, esta identidad puesta en cuestión, ante la aparición de un otro percibido como “extranjero”, se reaglutina, se revalida y se refuerza. Esta imagen del otro extranjerizado no refiere sino a los compradores no locales de las unidades productivas liquidadas, que de manera independiente a su procedencia geográfica –es necesario señalar que pocos son efectivamente ‘extranjeros’, y que la mayoría son profesionales y pequeños inversionistas de ciudades cercanas: Rosario, Santa Fe, con menor frecuencia Buenos Aires- son *extranjerizados*, imagen totalizadora construida en virtud de una serie de características definidas como carencias: su condición de recién llegados –y por lo tanto, no fundadores, advenedizos -, su falta de apego a la tierra (“*para ellos es una inversión, no entienden lo que significa la tierra para / como nosotros*”), su desconocimiento de los saberes específicos respecto de la producción rural (“*ahora cualquiera tiene campo: ponés un puestero, traés un par de contratistas que hagan el trabajo, y listo. Antes no era así*”).

Una nueva salvedad es necesaria: esta imagen totalizadora se transforma al traducirse en individualidades concretas. La generación de vínculos con los recién llegados muestra ciertas distancias con esa imagen casi fantasmática del “extranjero” que llega a apropiarse de aquello que desconoce y que no puede pertenecerle legítimamente. Así, en esa operación de traducción entre la imagen abstracta y amenazante, y los individuos concretos que la materializan, hay un hiato profundo que no admite correlato lineal entre una y otra, que exige matizarla. Otras son las imágenes con las que los describen: “*es buena gente*”; “*el italiano que me compró me dio el campo para que lo trabaje*”; “*Por suerte, dejó que mi papá se quede viviendo en el campo aunque lo haya vendido*”; “*El mismo que me compró el campo le ofreció otro a mi hermano para que lo trabaje*” (Entrevistas, 2004 - 2005).

Por lo tanto, la definición de aquel “nosotros” que incluía a un puñado de pequeños productores familiares cuya identidad grupal e individual se estructuraba en torno a su condición de descendientes de los fundadores del pueblo y sus instituciones, con un vínculo arraigado a la tierra y al colectivo, pervive de manera refractaria en relación con un otro relativamente abstracto.

Sin embargo, estos elementos constitutivos del “nosotros”, jaqueados durante los ‘90, hacen estallar su relativa homogeneidad interna: la liquidación de las unidades productivas disuelve el vínculo de identificación y pertenencia con la tierra, y el referente material de la condición de depositarios de la *herencia* de los fundadores, de la misma condición de *ser* productor. Ser y hacer, subsumidos hasta entonces, se desagregan.

La condición de descendientes de los fundadores directos o indirectos de las instituciones, particularmente de la cooperativa, pero también de las que indican la presencia del Estado en el nivel de lo local, no impidió que aquellas se les volvieran ajenas –o peor aún, que la alteridad recayera sobre ellos, lo que se materializa en la incapacidad manifestada por muchos de los entrevistados para comprender *qué era lo que debían*, cómo había sido que la deuda se había multiplicado, cómo podía ser que la institución no respondiera por ellos– y resultó insuficiente a la hora de negociar con ellas, lo que requirió una serie de destrezas que no *venían incluidas* en la herencia simbólica.

Por último, aquel *savoir faire* del productor se diluye como el del artesano con la aparición de la manufactura: la capitalización tecnológica del agro, la dinámica transformación de los métodos y las técnicas, el manejo financiero exigido vuelven tales saberes casi obsoletos en pocos años. Como contracara, la producción rural, profesionalizada en el marco de un modelo de agricultura financiera, exige nuevos saberes vinculados a la gestión empresarial del campo que resultan inaccesibles a muchos de ellos.

De este modo, se fragmenta y se redefine aquel “nosotros”, de modo tal que muchos ya no están incluidos en él. Así, el “nosotros” incluye a quienes han podido readaptarse a las nuevas exigencias, a los portadores de esa *astucia* que caracteriza el haber comprendido rápidamente las nuevas reglas del juego, y por lo tanto haber podido reposicionarse para jugarlo. En este caso, la posibilidad de reconvertir capitales y de recuperar soportes para la acción, dentro de los límites de lo tolerado y lo permitido– pero forzándolos, y por lo tanto, redefiniéndolos –, han sido las bases para la refundación de un “nosotros” más reducido: el de aquellos que pudieron sobreponerse a la crisis, y por lo tanto se perciben como síntesis entre su condición de depositarios legítimos de la *tradición* y su capacidad de adaptación activa a las nuevas circunstancias. Incluimos aquí por lo tanto a aquellos que pudieron conservar toda o parte su propiedad, que pudieron realizar negociaciones provechosas con las instituciones acreedoras, y los que –operaciones de reconversión de capitales exitosas mediante– se reinserían en actividades vinculadas al mundo rural, fundamentalmente como contratistas, lo que les permite seguir manteniendo su pertenencia al colectivo, incluso reforzarla.

La alteridad aquí se define en términos de extrañamiento, de distancia, nuevamente, pero esta vez vuelta sobre aquellos miembros del propio grupo que fueron incapaces de realizar exitosamente esta serie de operaciones. Aquí se incluyen aquellos que –desprovistos de recursos que les permitieran intervenir activamente en la reversión de su proceso de endeudamiento y la liquidación de su propiedad –, han perdido todo vínculo con la producción rural, tras su reinserción en actividades no rurales, y percibidas como diferentes (o incluso degradadas en algunos casos) en términos de status social, en términos de descapitalización, en términos de autonomía.

Entre unos y otros se ha creado y profundizado, entonces, en la última década y media, una brecha que se mide en los diferenciales de las cuotas de poder de cada uno y en sus niveles de cohesión interna. En relación con esto último, mientras que el primero de los grupos mantiene lazos estrechos de pertenencia, los miembros del otro –si es que es dable pensarlos como grupo más allá de como categoría analítica- no sólo se ha visto excluido del colectivo sino que prácticamente no tiene conexiones entre sí, salvo las propias de la vida en un pueblo pequeño. Los circuitos de sociabilidad de estos últimos parecen haberse vuelto sobre el núcleo familiar y sobre el ámbito doméstico.

Por último, es imposible desconocer el carácter estigmatizante de los vínculos –o de la ausencia de vínculos- entre ambos. El prejuicio, la sanción social por “no haber podido”, la estigmatización, la señal del “perdedor”, constituyen el sayo con que son investidos, y finalmente autoinvestidos, los miembros del segundo grupo por parte del primero. La sociodinámica de la estigmatización, como señala Elías, consiste en “*la capacidad de un grupo de colocarle a otro la marca de inferioridad humana y de lograr que este no se la pudiera arrancar, /como/ función de una figuración específica que conforman los dos grupos conjuntamente.*”⁸ Así, el estigma ostensible en los discursos y las prácticas de los “ganadores” respecto de los que “han quedado fuera”, se objetiva y se cosifica *en* los estigmatizados, y se naturaliza como autoestigmatización, en la medida en que su autoimagen, y su autoestima, ya minadas por la sensación de “no haber podido”, son construidas siempre en relación con la mirada *normativa* de un otro significativo.

IV/ Las identidades en los relatos: Entre la linealidad y los quiebres.

Nos interesa explorar ahora la forma en que los hechos y las experiencias son seleccionados, ordenados y codificados por los sujetos, por cuanto, como sugiere da Silva Catela (2002)⁹, la memoria condensa representaciones colectivas y principios de clasificación de la realidad social, y que, en el contexto de una *situación límite*, implican un quiebre del mundo habitual e instalan a los sujetos ante situaciones para las que carecen de recursos.

Así, en los intersticios del discurrir de los relatos de los entrevistados, es posible rastrear, identificar y encontrar quiebres, pliegues o vestigios de otro discurso, a veces paralelo, a veces yuxtapuesto, a veces soterrado.

Hacer visible este concierto –casi nunca armónico- de discursos nos permite no sólo complejizar el análisis, sino comprender el profundo impacto que los procesos considerados han tenido en la subjetividad, en las identidades y en los soportes materiales y simbólicos individuales y colectivos, y, en fin, en la vida comunitaria.

⁸ Elías, Norbert, “Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados”, en *La civilización de los padres*, Editorial Norma, Bogotá, 1998.

⁹ Da Silva Catela, Ludmila “Territorios de memoria política. Los archivos de la represión en Brasil” en Da Silva Catela, L. y Jelin, E. (comps.) *Los archivos de la represión: documentos, memoria y verdad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

Una advertencia se impone como necesaria: la situación de entrevista implica siempre una negociación de roles y de límites no del todo precisos. Esta fragilidad intrínseca y omnipresente operó como tercer actor, mucho más que como mediador entre entrevistadores y entrevistados, a lo largo de todas las entrevistas.

Por otra parte, lo que las entrevistas nos ofrecen – para ser algo más que relatos descriptivos, apenas lineales y de una sola faz- es un material que no puede ser leído *literalmente*, en la medida en que es objeto de múltiples mediaciones. La primera de ellas asume la forma de limitación: la propia condición de entrevista restringe un proceso dinámicamente desplegado en tiempo y espacio a su propio *relato estático*. Un relato que es siempre reconstrucción y recorte, y por lo tanto, fragmento parcial.

También aquello que puede ser dicho, socializado y transmitido asume una forma específica ante este interlocutor que somos nosotros. A veces como limitación, otras como ventana –no transparente, es lícito advertirlo una vez más- a una catarsis primera, y a veces, esa sensación de casi *no estar ahí, de no ser el destinatario de la alocución que está produciéndose, que de algún modo hemos provocado y que estamos registrando*. La recurrencia de la expresión “*es la primera vez que hablo de esto con alguien*” se corrobora en una gestualidad y unas expresiones que nos producen la sensación de estar presenciando la externalización de un soliloquio interna y largamente repetido: por primera vez ante otro, le ponen voz. En el acto de hacerlo, se escuchan, y la angustia, el dolor, la indignación, la autoculpabilización, y la justificación aparecen de manera yuxtapuesta, contradictoria.

La sensación, a veces explícita, de irreversibilidad de lo vivido atraviesa las entrevistas, y muchas veces se manifiesta cuando se ha dado por concluido el encuentro, durante una charla informal.

Esta sensación de no retorno suele acompañarse de la necesidad de documentar el proceso, reforzando la idea de que hicieron cuanto fue posible para revertirlo, y también de recalcar que no fue un hecho individual: a otros les ocurrió lo mismo.

Cada aproximación a lo *no narrable*, lo *no decible* fue acompañada por una sensación de inminente catástrofe: en más de una ocasión nos encontramos con la sensación de no poder - y no querer- trasponer el límite que imponía cada “*no me puedo acordar*”, expresión que no era indicadora de aquello que se ha olvidado sino de su contrario, de la omnipresencia de sucesos que no se dejan de repasar internamente, pero que no pueden ser comunicados.

“*Ante mí veo un hombre desarmado y una vida precaria, pero no de una precariedad reciente. Nada en él concuerda con las advertencias que nos hicieron antes de venir. Durante toda la entrevista siento que no puedo quebrar la barrera del ‘ni me puedo acordar’, aunque se acuerda, y –entre líneas- esa memoria me la está contando su mirada, su ropa, su cuerpo agazapado cuando rozamos el límite de lo que no contará con palabras. (...) Varias veces, en un intento por aproximarme a la zona vedada, pregunto cosas como si no tuviera la menor idea de lo que estoy preguntando, pero me autocensuro, porque tengo la sensación de que romper esa barrera que me (¿se?) pone podría resultar una catástrofe,*

es demasiada la impotencia, la tristeza, la bronca, el agotamiento, en fin, el quiebre que aún parece impedirle entender.” (Notas de campo 25/5/05)

La cita de notas de campo que antecede nos permite ir en varias direcciones, en primer lugar, hacia el reconocimiento de nuestro lugar subjetivo durante la entrevista: el *estar ahí* comprometió íntegramente nuestra subjetividad, nuestras emociones y no meramente nuestro intelecto. Esto implicó muchas veces un ejercicio de múltiple escucha, de operar distanciamientos no siempre posibles para leer entre líneas, y no sólo literalmente y en la superficie.

En segundo término, hacia la introyección de discursos estigmatizantes que se construyen en torno a los ex productores, que estos reproducen muchas veces como autoestigmatización. Sobre este punto, que también resulta significativo a la hora de comprender el espesor de lo que entendemos como *la palabra silenciada*, volveremos más adelante. Si tenemos en cuenta que, en la construcción del relato los actores hacen inteligibles sus prácticas, aún para sí mismos, la *imposibilidad de construir un relato* da cuenta de la imposibilidad de reconstruir la propia identidad en un sentido positivo.

Y en tercer lugar, nos vuelve sobre la necesidad de transponer –ya no en la entrevista, aunque también en ella- otra barrera: en ocasiones, cuando se trasciende la empatía que puede generar el relato, el entrevistado o ambos, es posible identificar deslizamientos que dan cuenta de rupturas en la reconstrucción de los acontecimientos, y que posiblemente remitan a hitos en el transcurso de los mismos.

En tal sentido, la ruptura más significativa nos remite a la condición de los sujetos respecto de su capacidad de tomar posición respecto de la toma de decisiones. Discursos estructurados en torno a la pasividad de acatar decisiones tomadas por otros actores –el banco, la cooperativa, otros acreedores, los abogados- se revierten cuando los entrevistados relatan un cambio de actitud que se expresa en una toma de posición más activa, vinculada a la adquisición de un saber específico, novedoso para ellos: *aprender a negociar*.

“Se me vencieron (los documentos con el banco)... yo fui a renovar. Pagaba los intereses pero el capital no lo podía pagar... porque no, no, no llegaba... entonces fui al banco... un gerente zonal me dice... por este monto no te puedo ni siete, ni ocho ni diez años... cerró la carpeta y dice... se lo voy a ejecutar... Yo era la primera vez que trabajaba con un banco... nunca había trabajado... nunca había tenido deuda... nunca nada... no dormí, ni de noche ni de día... después me fui asesorando... me decían no te asustés, no te van a tirar las paredes... te van a buscar la vuelta para refinanciar... y bueno...yo empecé a agarrar coraje... lo llevé a cinco... después dice que llega a siete, no, le digo, quiero diez... y si no cargue la máquina y ya pasó” (Entrevista, 2005)

“Cuando vinieron a... confiscarme los bienes... lo único que yo les dije, eh... yo estaba sentado ahí afuera... mañana mismo le entrego todo, le dejo los muebles todo, todo, todo, me voy... con... mi sobrino y mi señora nos vamos al caño que está ahí afuera... le dije... lo demás llévenselo... demasiado trabajo desde los cinco años hasta los cincuenta... yo

tengo cincuenta y ocho... y estoy trabajando más que antes... entonces el síndico con la jueza y... el oficial de justicia y el abogado del banco... me dijeron no hay problema... dejamos todo nulo acá... hicimos un papel... Agacharon la cabeza, se miraron uno al otro y... se fueron... al otro día yo fui a Rosario y ahí empecé... despacito, despacito, despacito... recién cuando yo tuve la plata, remataron..." (Entrevista, 2005)

Es esta recuperación de la condición de sujeto activo de las decisiones que algunos entrevistados manifiestan mediante la puesta en curso de estrategias de negociación, confrontación e incluso la asunción del riesgo de que las mismas no fueran exitosas, la que nos remite a pensar que existe un componente de reflexividad - racionalidad, vinculado a la posibilidad de gestionar el riesgo, un riesgo diferente al que resultaba conocido y manejable hasta entonces - el de las variaciones climáticas -.

La profesionalización de la agricultura, de manera mancomunada con la incorporación masiva de tecnología, requiere de nuevos saberes no transmitidos por generaciones anteriores.¹⁰ El *savoir faire* vinculado al trabajo rural y constitutivo de las identidades de los productores, se diluye por el impacto tecnológico, por las transformaciones en los estilos de vida y en los modos de gestión de la explotación. Esta noción -la de gestión- es clave para pensar la transformación del mundo rural. Las entrevistas son contundentes al respecto, “*me fundí trabajando*” es una expresión más que recurrente. Del mismo modo:

“En otra época el campo era un negocio que permitía a la familia crecer, desarrollarse, era un poco un medio de vida. Hoy yo creo que es una empresa donde todo está relacionado con todo. O sea entonces empieza a ser una cuestión más empresarial y el que no lo tome como una cuestión empresarial y, bueno, no va a subsistir El que no maneje el campo como una empresa se funde” (Entrevista a técnico de la cooperativa, 2003)

“En toda actividad, si no aprendés a manejar los números, o sea, si no sabés dónde estás parado a fin de año... te vas, te vas... o sea, te parece que cuando cosechaste agarraste mucha plata, pero no es la realidad, porque vos no sacaste la cuenta de todo lo que estás debiendo...” (Entrevista, 2005)

Esto remite a su vez a la necesidad de indagar en los *soportes* materiales, simbólicos, sociales de que disponían los productores y que resultaron decisivos en la posibilidad de ser *sujetos*, en mayor o menor medida racionales, del proceso de liquidación de sus unidades productivas, o en la sensación de haber sido meros *objetos* sin recursos ni capacidad para intervenir en los acontecimientos. En esa tensión se juegan criterios de clasificación ya no (sólo) de condiciones externas sino de la relación establecida por los

¹⁰ Marcel Jollivet, «La «vocation actuelle » de la sociologie rurale», *Ruralia*, 1997-01, <http://ruralia.revues.org/document6.html>. Señala, de manera coincidente con otros autores, que “el acento ha sido puesto progresivamente en el ‘cambio social’ (...), a través del pasaje de “campesinos” a “agricultores”, de modo que éstos devienen, de golpe, un grupo profesional, un sector económico, una clase social como las otras”.

sujetos con esas condiciones. En ese distanciamiento – que es también extrañamiento para los que quedan “desubicados” – los relatos ofrecen si bien no de manera explícita indicios de un refugio subjetivo, que plantea la ambivalencia entre el reclamo silencioso de ser – todavía – sujetos competentes y la enunciación de una situación injusta, y se defiende de clasificaciones estigmatizantes (“fue ineptitud”, “no estuvo a la altura de los acontecimientos”).

Frente a éstas, los relatos esgrimen, de manera por cierta trabajosa, el intento de ofrecer otros criterios clasificatorios. Es allí cuando los entrevistados se entusiasman, cuando pueden referir al después, a cómo buscaron involucrarse (activamente) en una nueva actividad. En tal sentido, la reconversión de capitales previamente disponibles o la adquisición de saberes específicos aptos para adaptarse activamente a las nuevas circunstancias han sido dimensiones clave para la reconfiguración de las identidades, de las redes de pertenencia social y, por tanto, del *mapa de relaciones sociales* de Marozia.

V/ La palabra silenciada: Las entrevistas que no fueron

Como ya señalamos, identificamos, además de los entrevistados, otros 15 exproductores que no pudimos contactar. De ellos, 7 fueron contactados y rechazaron la entrevista, mientras que el resto había migrado o no pudo ser ubicado en el pueblo. La información que pudimos recoger en estos casos brinda elementos que juzgamos significativos para el análisis, por lo que presentamos algunas reflexiones surgidas de las notas de campo.

Además, pudimos identificar al menos siete casos de exproductores fallecidos durante la última década. Es recurrente en el discurso de los entrevistados la mención a los suicidios, sobre los cuales no tenemos información precisa, pero que tanto entrevistados como informantes califican como muchos. En todos los casos, se trata de personas relativamente jóvenes, y sus enfermedades y sus muertes son vinculadas a los serios problemas que atravesaban sus explotaciones y al peso que eso significaba para ellos.

Es necesario interrogar los silencios y las ausencias tanto como el discurso de los productores y ex productores con los que hemos dialogado. La recuperación a través de los relatos de los entrevistados de las características, las modalidades y los significados de los procesos considerados, debe necesariamente contrastarse con su otro: todo lo que nos dicen las entrevistas que no pudieron realizarse, por un abanico de causas que, sin embargo, reconoce patrones comunes. Así, los fragmentos de biografías familiares e individuales que pudimos recuperar, a través de relatos de otros, nos permitieron acercarnos a las historias de los migrados, de los fallecidos, y de los *enmudecidos*, los que todavía hoy no pueden hablar de la experiencia del desplazamiento. Podemos pensar entonces en dos grandes grupos de no – entrevistados: los que no quisieron serlo, y los que no pudieron. En todos ellos, no es difícil reconocer el marcaje de una biografía rota, aunque esa ruptura se objetiva en formas disímiles.

Dentro del primer grupo, los que no quisieron ser entrevistados, podemos reconocer dos subgrupo, ambos con un factor común: la imposibilidad de articular en un relato los sucesos.

Un primer subgrupo puede incluir a aquellos cuya negativa puede ser leída en términos de angustia por la sensación de ruptura, de pérdida, de haber cometido errores que no pueden explicarse. La imposibilidad de narrar los sucesos parece estar vinculada al dolor, a la incapacidad para traducir cómo fue que, de pronto, su mundo de vida cotidiana se les volvió ilegible, ajeno. Es posible pensarlo también en términos de pérdida de soportes materiales y relacionales, en términos de desencastre: los recursos de lo que siempre se habían valido para desenvolverse –ellos y sus predecesores- habían dejado de ser eficaces, y ellos no habían podido percibirlo. Hay un elemento de autoculpabilización, pero no está claramente definido.

Como se ha dicho, es recurrente en el discurso de los entrevistados la expresión “*no me puedo acordar de...*”, y esa expresión no es indicadora de aquello que se ha olvidado sino de su contrario, de la omnipresencia de sucesos que no se dejan de repasar internamente, pero que no pueden ser comunicados.

Es en esta misma clave que leemos el *no discurso* de este primer subgrupo de *enmudecidos*, en el que se incluyen ex productores que han vendido totalmente sus tierras, y especialmente los familiares de los fallecidos. En este subgrupo tiene primacía la reinserción laboral no vinculada al agro, se trate de los exproductores o de sus descendientes.

El segundo subgrupo comparte la imposibilidad de narrar los sucesos. Sin embargo, la idea de una autoculpabilización está más netamente definida, hay otros elementos que obstaculizan la construcción de un discurso en el que su identidad y sus valores se vean salvaguardados. La sanción social, e incluso familiar, está mucho más presente, los sujetos lo perciben y pudimos también percibirlo a través de los informantes, de los otros entrevistados, e incluso en charlas informales sostenidas con otros pobladores. Posiblemente ellos compartan en parte ese juicio de valor que pesa sobre ellos y que ha minado los lazos que los vinculan al colectivo. En este grupo se incluyen los que han hecho negocios que no resultan claros al resto, que han tomado estado público y que no han sido exitosos, y aquellos cuya pérdida del campo estuvo vinculada al juego o a otras formas de adicción.

También dentro del segundo grupo, los que no pudieron ser entrevistados es posible reconocer dos categorías diferentes: los que no pudieron porque migraron, y los que no pudieron porque fallecieron o están gravemente enfermos. Es posible pensar que una y otra situación delinean el límite de la situación de exclusión, de ruptura biográfica, de pérdida de la identidad y aún del sentido de la propia existencia.

Sin romanticismos, una localidad con un mercado de trabajo agrícola que expulsa mano de obra por intensificación tecnológica, que ofrece pocas alternativas ocupacionales, y cuya rama de servicios y comercio está sobrerepresentada, especialmente por emprendimientos con base doméstica, no ofrece a sujetos sin capital económico con el que

recomenzar, sin capitales culturales que reconvertir, y con vínculos de pertenencia y solidaridad social disueltos, muchas más alternativas que la migración. En la misma línea, es significativa la cantidad de fallecimientos y suicidios.

Así, los casos no entrevistados muestran otra situación que complejiza el análisis de los procesos sociales derivados de la expulsión de productores familiares en la última década, y la difícil tarea de construir en el nivel teórico un sistema de inserciones y de falta de estas. En tal sentido, es necesario relativizar los resultados que a simple vista arrojan las entrevistas, respecto de la reabsorción ocupacional dentro de las actividades rurales, y aún de la reconversión de capitales sociales y materiales. En tal caso, es dable decir que del conjunto de productores agropecuarios que vieron modificada su situación de tenencia de la tierra, los que permanecieron en el pueblo mayoritariamente se reintegraron en actividades que mantienen vínculos con la producción agropecuaria o que implicaron una reconversión de capitales preexistentes. Sin embargo, la cantidad de migrados y de ex productores que nos pudieron ser ubicados - algo llamativo en un pueblo de 5000 habitantes -, permiten pensar que no siempre esa reconversión fue exitosa.

VI/ Las rupturas sociales de las que nos *habla* Marozia: Algunas hipótesis exploratorias en torno a los relatos del espacio.

“La ciudad no dice su pasado, lo contiene como las líneas de una mano, escrito en los ángulos de las calles, en las rejas de las ventanas, en los pasamanos de las escaleras, en las antenas de los pararrayos, en las astas de las banderas, surcado a su vez cada segmento por raspaduras, muescas, incisiones, cañonazos.”

Italo Calvino, “Las ciudades invisibles”.

Quisiéramos presentar aquí, a modo de esbozo de hipótesis sociológico – antropológicas, algunas ideas preliminares en torno a los usos del espacio como discurso social. En un discurso no lineal, intersticial, pleno de mediaciones, y de significantes / significados, el espacio *habla*.

Este intento heterodoxo de lectura, posiblemente silabeante y sin dudas provvisorio, nos condujo en una búsqueda que nos ha hecho tributarios de diferentes disciplinas, no sólo ya de la sociología. Así, para pensar las cuestiones que siguen hemos vuelto una vez más sobre Norbert Elías y Pierre Bourdieu, pero también hemos abreviado en la antropología del espacio de Michel de Certeau, en Michel Foucault y en algunas corrientes de la arquitectura contemporánea –aquellas que ponen de relieve su tantas veces olvidada condición de ciencia social -, entre ellas, la que se nuclea en torno de la *teoría del habitar*.¹¹

¹¹ La teoría del habitar pone de relieve la relación entre espacio y prácticas sociales, de modo tal que resulta imprescindible desnaturalizar lo cotidiano, “tan desapercibido porque parece responder al simple ser así de la vida y al simple estar ahí de las cosas”. Doberti, R., Giordano, L., “De la descripción de costumbres a una

Sintomáticamente, casi todos los estudios considerados han planteado diversas formas de analogía entre espacio y lenguaje, en tanto hablar y habitar constituyen elaboraciones sociales, ampliamente diferenciadas en virtud de cada configuración cultural específica, dotadas de estructuras y reglas, mutantes pero con ritmos diversos. Hablar y habitar, discurso y espacio, son, entonces, conformadas y a la vez conformadoras de la actividad humana. Así, “*las prácticas sociales constituyen el modo primario y decisivo en que se repertoriza lo que se hace en cada ámbito cultural. .../ de manera tan habitual, reiterada, esperada, que no resulta evidente que su ejercicio está reglado*”¹²

Dicho esto, podemos volver sobre Marozia. Para pensar el espacio del pueblo como texto legible, necesitamos contextuar historizando un poco cuanto diremos. Hemos dicho ya que los orígenes del pueblo remiten a un puñado de familias que –según lo que surge de nuestras entrevistas- llegó a habitar esta región hace algo más de un siglo. Algunas otras, tiempo después, hacia las primeras décadas del siglo XX.

Sin embargo, nos interesa situarnos mucho más próximamente en el tiempo. En las últimas décadas, el cambio en los estilos de vida, y fundamentalmente en las aspiraciones educativas, han derivado en que muchos productores fijaran residencia en el pueblo –en lugar de vivir de manera permanente en el campo- o mantuvieran una doble residencia. Este proceso de crecimiento del pueblo, hoy unas quince manzanas a cada lado de la ruta que une Rosario con Santa Fe, estructuradas en torno a la antigua estación del ferrocarril, estuvo vinculado no sólo a los productores rurales sino también a la apertura y expansión de la otra fuente de empleo del pueblo - el frigorífico, actualmente y desde hace más de una década cerrado -, nos permite contextuar una hipótesis ciertamente arriesgada respecto de las transformaciones y los usos del espacio en la última década.

Podemos – al modo de Calvino - reconocer las incisiones profundas que en el espacio dejaron los años noventa, en la multiplicidad de emprendimientos domésticos que se encuentran por cuadra –cada ventana tiene detrás un kiosco, una carnicería, un almacencito - y que dan cuenta de la readaptación del espacio a las nuevas –y compulsivas- necesidades.

Pero yendo mucho más lejos, podemos pensar en la distribución espacial de los residentes como una metáfora –o un corolario, ya que el espacio no es un mero reflejo de las prácticas, como hemos anticipado, sino que se constituyen mutua y recíprocamente- de los reagrupamientos y las transformaciones en los parámetros de pertenencia social que hemos caracterizado en el apartado 4 del capítulo IV.

Así, resulta significativo tomar en cuenta que todo el grupo que hemos caracterizado como el que integran aquellos que han *podido sobreponerse a la crisis de los '90* – sea porque lograron retener total o parcialmente su propiedad, sea porque se reintegraron exitosamente en actividades vinculadas a la producción, como contratistas rurales o como arrendatarios, o bien porque se reubicaron laboralmente desarrollando con cierto éxito

teoría del habitar”, en *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales* N° 22. – Asociación Latinoamericana de Filosofía y Ciencias Sociales. Bs. As, s/ fecha.

¹² Doberti, R., Giordano, L, *op. Cit.*

actividades no agrarias - residen en lo que definiríamos como el núcleo o el casco urbano del pueblo, mientras que aquellos que no han logrado una reinserción “exitosa”, residen en los márgenes del pueblo, o directamente fuera de él, en una diáspora. En el límite, como hemos también señalado en otra parte, los *inubicables*, los *enmudecidos*, arrojados fuera del grupo de pertenencia, desprovistos de sus referentes identitarios, sin capitales a reconvertir, también quedaron fuera del pueblo. No tienen un lugar, físico y simbólico, en el que puedan colocarse. Es insoslayable el hecho de que muchos de los *inubicables* son aún residentes –en los márgenes- de Marozia, el hecho de que lo sean –residentes e inubicables- podría dar cuenta de su *invisibilización* como sujetos.

Así, en esta lógica de *establecidos* y *marginados*¹³, el espacio del pueblo reproduce (en los dos sentidos posibles del término) los vínculos sociales y las relaciones de poder intergrupales. Esto además se refrenda fuertemente por el hecho –y es necesario destacarlo una vez más, en un pueblo de apenas quince manzanas- de que muchas veces *no hay interacción, no hay lugares compartidos* entre ambos grupos. No sólo dejan de verse en la Cooperativa, sino que tampoco comparten otros ámbitos de esparcimiento o de ocio - el bar, el club, por ejemplo¹⁴, es decir aquellos espacios en los que se reactualiza y se refrenda la pertenencia grupal.

Por supuesto, cuanto antecede son apenas algunas ideas preliminares, pero, si algunas de ellas tienen asidero (espacio – texto; espacio – disciplina; espacio – prácticas; espacio - sujeto y espacio – geografía), crujen y se yuxtaponen – constituyen una ‘*retórica habitante*’¹⁵- que de manera inquietante nos plantean nuevas dimensiones a explorar y profundizar.

VII/ Algunas ideas a modo de conclusión

Esta investigación comienza asumiendo los cambios estructurales operados en las últimas décadas en el agro argentino, que han modificado una estructura agraria caracterizada históricamente por la importante presencia de la agricultura familiar.

Pero más allá de dar cuenta de las consecuencias objetivas de esos cambios (con la máxima de la salida de la producción), nos interesó relevar de que forma las identidades de los sujetos protagonistas de estos procesos se resignifican en función de esta nueva realidad. Sabemos que los procesos identitarios se definen en el marco de las interacciones, en donde el lugar propio se determina en relación y en contraposición al

¹³ Elías, Norbert, *op.cit.* Este ensayo nos ha resultado sumamente fructífero para pensar el espacio como texto: ninguno de los entrevistados que forman parte del grupo *establecido* de Marozia reconocería la discriminación, el prejuicio y la estigmatización del grupo *marginado* de manera tan contundente como la que despliegan las prácticas (sociales, espaciales) mismas. La imposibilidad misma de pensar a los *marginados* como grupo se refleja en su propia dispersión espacial, que reproduce la desconexión social no sólo respecto del grupo establecido, sino entre sí.

¹⁴ Dos notas al respecto: ha sido recurrente en las entrevistas la sensación de desconcierto y de decepción por parte de los que *quedaron fuera* ante la toma de conciencia de ello: “*Yo esperaba que me invitaran a la reunión anual, pero no me llamaron más*” (Entrevista, 2005). Por otra parte, en la observación de los ámbitos de sociabilidad, pudimos ver al mismo grupo de *hombres* reunido el domingo en el bar, desde muy temprano, primero viendo la carrera y luego el partido, y el lunes, muy temprano también, haciendo negocios. Pudimos reconocer entre ellos a algunos de nuestros entrevistados. Otros informantes confirmaron que otros de los integrantes del grupo son también productores.

otro. La forma en que impacta el hecho de haber pertenecido a un colectivo con el cual había identificación, y que este esté ahora puesto en cuestión, fuerza a los sujetos a un ejercicio de resignificación que bajo ningún punto de vista puede cerrarse.

Luego, arribar a este tipo de conclusiones definitivas implicaría desdecirnos, en tanto del mismo modo que de aquellos de los que hemos dado cuenta, los procesos venideros entrañan un largo proceso de sedimentación de elementos constitutivos de la identidad de los productores. La cuestión de la resignificación de identidades entonces, solo da lugar a preguntas abiertas, a procesos no cristalizados, a sentidos por crearse.

Sin embargo, dar lugar a una primera mirada sobre el fenómeno tiene relevancia en tanto hacerlo, implica la posibilidad de pensar patrones culturales de comportamiento, muchas veces no explícitos, que rigen la vida cotidiana de los sujetos pertenecientes a un grupo específico dentro de una comunidad. Situaciones disruptivas como las que constituyen nuestro objeto, hacen visible aquello que por repetición se ha naturalizado, lo ponen en cuestión, lo someten a prueba, lo redefinen, dando lugar a algo nuevo pero que no deja a su vez de ponerse en cuestión, someterse a prueba, redefinirse.

Bibliografía

- Bauman, Z. (2003), **Modernidad líquida**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Beccaria L. y López N. (comp.) (2002): **Sin trabajo**, UNICEF Losada, Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre (1991) **El sentido práctico**, Madrid, Taurus. Libro I, Capítulo 3 “Estructuras, habitus, prácticas”
- Bourdieu, P. (1988) “Espacio social y poder simbólico” [1986], en **Cosas dichas**, Barcelona, Gedisa, p. 127-142.
- Castel, R. y Haroche, C. (2003) **Propiedad privada, propiedad social, propiedad de sí mismo. Conversaciones sobre la construcción del individuo moderno**, Rosario, Homo Sapiens. Cap. III “Individuos por carencia”, p. 51-73.
- Cloquell, S; Albanesi, R; De Nicola, M; Preda, G; Propersi, P; González, C. (2001), **Transformaciones en el área agrícola del sur de Santa Fe: Los cambios locales en la dinámica económica, social y cultural. Su importancia para la construcción de estrategias**. Ponencia presentada a las Segundas Jornadas sobre Estudios Agrarios y Agroindustriales, Facultad de Ciencias Económicas, UBA.
- Craviotti, Clara y Gras, Carla, “De desafiliaciones y desligamientos: Trayectorias de productores familiares expulsados de la producción en la región pampeana argentina”. Artículo enviado a **Desarrollo Económico** para su publicación, 2005.

¹⁵ Para una reconstrucción del concepto y sus especificaciones, véase De Certeau, Michel, *La invención de lo*

- Da Silva Catela, Ludmila “Territorios de memoria política. Los archivos de la represión en Brasil” en Da Silva Catela, L. y Jelin, E. (comps.) **Los archivos de la represión: documentos, memoria y verdad**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.¡
- De Certeau, Michel, **La invención de lo cotidiano**, Tercera Parte, México, Universidad Iberoamericana, 1996.
- Doberti, R., Giordano, L, “De la descripción de costumbres a una teoría del habitar”, en **Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales** Nº 22. – Asociación Latinoamericana de Filosofía y Ciencias Sociales. Bs. As, s/ fecha
- Elias, Norbert **La sociedad de los individuos**, 1º ensayo.
- Elias, Norbert (1989): “Introducción.” y “Resumen: Bosquejo de una teoría de la civilización”, en **El proceso de la Civilización.**, México, Fondo de Cultura Económica.
- Elías, Norbert, “Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados”, en **La civilización de los padres**, Editorial Norma, Bogotá, 1998
- Feldman, S. y Murmis, M. (2001) **Ocupación en sectores populares y lazos sociales. Preocupaciones teóricas y análisis de casos**. Serie Documento de Trabajo Nº2, SIEMPRO, Buenos Aires
- Geertz, C (1987) **La interpretación de las culturas**, Gedisa: Barcelona.
- Giarraca, Norma y Teubal, Miguel (1997) “El Movimiento Mujeres Agropecuarias en Lucha. Las mujeres en la protesta rural en la Argentina”, **Realidad Económica**, 150: 97-119.
- Giarracca, N. y Gras, C. (2001) "Conflictos y protestas en Argentina de finales del siglo XX con especial referencia a los escenarios regionales y rurales" en Giarracca, N. y colaboradores, **La protesta social en Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país**, Buenos Aires, Editorial Alianza.
- Giddens, A. (1982) **Profiles and critics in social theory**, London, The Macmillan Press Ltd. Cap. 1 “Hermeneutics and social theory” y Cap. 2 “Action, structure, power”.
- Giddens, A. (1993) **Consecuencias de la modernidad**, Madrid, Alianza. Sección 1.
- Giddens, A., Bauman, Z., Luhmann, N. y Beck, U. (1996) **Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo**, Barcelona, Anthropos.
- Giddens, A. (1997) “Vivir en una sociedad post-tradicional” en Beck, U., Giddens, A. y Lash, S. **Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno**, Madrid, Alianza, p. 75-136.
- Gras, Carla (2005) **Dinámicas de cambio en la estructura agraria argentina: un análisis micro**. Mimeo.

- Gras, Manildo, L; Lauphan, W, Oppezzo, M **Desplazamiento de explotaciones agropecuarias en la región pampeana.** Características, categorías de destino y efectos sobre el bienestar de los hogares. Informe Final Fundación Antorchas, 2005
- Kessler, Gabriel (2000) “Redefinición del mundo social en tiempos de cambio. Una tipología para la experiencia de empobrecimiento” en Svampa, M. (ed.) **Desde abajo. Las transformaciones de las identidades sociales**, Buenos Aires, Biblos-UNGS, p.25-50
- Jollivet, Marcel, «**La «vocation actuelle » de la sociologie rurale**», *Ruralia*, 1997-01, <http://ruralia.revues.org/document6.html>.
- Murmis, M. (1998) “Agro argentino: algunos problemas para su análisis” en Giarracca, N. y Cloquell, S. (comps), **Las agriculturas del Mercosur. El papel de los actores sociales**, Editorial La Colmena, Buenos Aires
- Pollack, Michel, Heinich; N; **Actes de la recherch en sciencen sociales** Nº 62/63, Junio 1986
- Sennett, Richard (2000) **La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo**, Barcelona, Anagrama.